



ETNOGRAFÍA URUGUAYA

Informe sobre la exploración de un túmulo indígena en Punta Chaparro (Colonia — Río Uruguay).

POR

MARIO A. FONTANA

Hace más de un año que tenía conocimiento de que el señor Julio B. Pery, miembro de la Sociedad, y don Angel Cabañas, habían descubierto un túmulo indígena en Punta Chaparro, y puesto de acuerdo con ellos, resolvimos explorarlo en forma conveniente.

Nos ha apresurado mucho para que así lo hiciéramos la triste circunstancia de que no pasaba semana sin que manos profanas excavaran los flancos del yacimiento. (Llamamos así a las que pertenecen a simples coleccionistas, verdaderos almacenadores de precioso material etnográfico, que sin tener ninguna base científica, por falta de estudios especializados en la materia, no hacen más que ocasionar un gran mal obstaculizando la formación de las futuras colecciones nacionales que han de revelar a las generaciones venideras la riqueza etnográfica de nuestro país y las costumbres, en cierto modo, de sus tribus indígenas desaparecidas). Además, tenemos la convicción de que tratándose de un túmulo indígena, debe coleccionarse en una sola mano, sea ésta un museo nacional o particu-

lar, todo el material etnográfico que posea, como único medio de estudiarlo en forma completa y de obtener resultados satisfactorios.

Debe evitarse así, — y por eso nuestro apresuramiento, — que distintas piezas de un mismo túmulo, sean llevadas por los particulares, y sobre todo al extranjero, como estaba ocurriendo con el túmulo en cuestión, y como desgraciadamente ha sucedido con los grandes túmulos chanaes de las islas del Vizcaíno y del Naranjo, en el río Negro, donde se ha practicado un verdadero saqueo, que es realmente un crimen científico, con el agravante de que personas intelectuales han efectuado las excavaciones de modo *parcial*, cuando en realidad, solamente corresponde arrasar con el contenido de cada túmulo, de modo completo y dando una intervención rigurosa a los conocimientos de la topografía, geología, fotografía, etnografía, antropología, cerámica, etc., completándolo con descripciones especializadas que den un conocimiento exacto de la flora y fauna actual y de la que corresponda de los restos sepultados por los indios respectivos.

Este es, a grandes rasgos, el concepto fundamental que tenemos sobre la manera cómo deben ser explorados todos los túmulos que de aborígenes existen felizmente en todo el país. Y aun vamos más lejos; es indispensable que el Gobierno Nacional dicte cuanto antes leyes protectoras que eviten que el material etnográfico de los túmulos y paraderos indígenas y el que está en manos de los particulares vayan a enriquecer los museos extranjeros, y aun más, es necesario declarar los citados yacimientos como de utilidad pública, para que vayan a completar las colecciones de los museos nacionales antes que las de los particulares, por diversas razones que sería largo enumerar.

Pues bien: con este criterio y teniendo presente los trabajos científicos realizados por el Museo de Historia Natural de la ciudad de La Plata (Argentina), en sus investigaciones arqueológicas en el delta del Paraná durante los años 1900 a

1906 y con criterio propio para la costa del litoral uruguayo, iniciamos nuestras investigaciones, veintiocho años después que los argentinos; pero, no obstante, hemos de hacer la monografía correspondiente, que ha de contribuir a la reconstrucción del pasado en esta costa del litoral uruguayo y poder relacionar nuestro estudio, a ser posible, con los ya realizados respecto a los aborígenes del delta del Paraná, río por medio con el túmulo indígena de Punta Chaparro a que nos referiremos siempre en estas líneas.

La carta arqueológica del delta del Paraná abarca un sector con base del río Uruguay, que se extiende a 60 kilómetros al Sur de Nueva Palmira, a 48 kilómetros por el Oeste, a 74 kilómetros por el NO. y a 60 por el Norte del citado, siendo los túmulos más cercanos los de Brazo Largo y de Gutiérrez, situados a 18 y 21 kilómetros respectivamente de Nueva Palmira.

Ya en 1880 se habían iniciado visitas y exploraciones arqueológicas en el delta paranaense y, entre nosotros, en el túmulo que acabamos de investigar, hace cierto tiempo que universitarios bonaerenses llegaron hasta el mismo y realizaron pequeñas excavaciones superficiales que en poco deben haber afectado el contenido total del yacimiento. No obstante, hemos de ponernos al habla con la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, para tener conocimiento del material que hayan podido retirar.

Situación y exploración

A tres kilómetros y medio al Norte del puerto viejo de Nueva Palmira y al pie de la línea de bordes de las altas barrancas que en forma casi continua limitan el perfil elevado y característico de la Punta de Chaparro, se levanta el túmulo indígena que tratamos de describir al correr de la pluma.

Las elevadas barrancas de Punta Chaparro, formadas por

tierras sedimentarias del *loess* (exploradas en 1927 por la Comisión uruguayo-argentina formada por delegados del Museo "Bernardino Rivadavia" de Buenos Aires, y de la "Sociedad Amigos de la Arqueología" de Montevideo), son lamidas en su parte saliente más occidental por las aguas del río Uruguay, pero en el flanco Norte de dicha Punta, es donde la playa de la costa avanza más de cien metros tierra adentro, presentando pequeñas elevaciones semejantes a los albardones del delta que está enfrente, sobre una de las cuales los indios que en otras épocas habitaban estos parajes, construyeron artificialmente ese montículo que nos reveló ser un túmulo de los mismos.

En esa playa arenosa, cubierta en más de sus dos terceras partes por monte de árboles indígenas, de las más variadas especies, que casi quitan al túmulo su vista desde la navegación ultramarina y de cabotaje del grandioso río que la baña; en esa playa, pues, está el famoso "higuerón" histórico, casi al borde de la vegetación boscosa, a la vista, desde el río y frente mismo al túmulo indígena. De vez en cuando un camoatí o un camoatá adornan los árboles.

El túmulo se encontraba cubierto, en su mayor parte, de gramineas y con escasos árboles en su tercera parte longitudinal, en el centro (dos talas tenían 3 m. 70 de altura, dos espinillos 4 m. 20, varios cedrines juntos y un tembetary tenían igualmente 3 m. 80; una tuna y algunas malezas de especies a determinarse).

Hace unos treinta años que el centro del túmulo fué ocupado por el rancho de doña Petrona Gómez (actualmente de 68 años de edad. Se encontró resto de un puntal del rancho), y la parte restante hacia el Sur fué entonces removida a azada para los cultivos de una huerta. Esta parte aparecía ahora algo aplanada, así como la porción Norte (de 20 metros) de constitución distinta. Se veían, además, las señales de las excavaciones efectuadas en otras ocasiones y a las que nos hemos referido anteriormente.

Como primera providencia, se procedió a ubicar el túmulo con relación a los accidentes más importantes del terreno y a tomar las nivelaciones indispensables para poder trasladar al dibujo su forma en un corte vertical, según su longitud y cuatro cortes transversales, dos de los cuales se hicieron extensivos a todo el lugar, pues se prolongaron por el Este hasta la cima de la barranca, y por el Oeste hasta el borde del río, en una extensión de 184 metros para el corte B y de 169 metros para el D. En los cortes se midieron las ordenadas cada metro lineal.

He aquí el resumen de algunos datos que pueden interesar a los lectores. Jaloneado, a ojo de buen cubero, el eje mayor del túmulo, se obtuvo un largo de 76 metros, dispuestos cuatro jalones en forma de una Z bien abierta, cuyo eje a parte central estaba dirigido casi de S. a N. El ancho que se le fijó con estacas, fué de 13 metros. Jaloneados los extremos (puntos A y E) y los vértices (puntos B y D) de la Z citada, quedando A como extremo Norte y E como Sur, se procedió a tomar, con la brújula, los rumbos de las secciones de la totalidad del eje longitudinal y a clavar estacas alineadas en toda su longitud cada dos metros.

El final del pie del jalón B del eje del túmulo, quedó situado a 74 metros de la cima de la barranca; a 111 metros de las aguas del río (se anotaron los datos correspondientes del mareógrafo del puerto palmirense); a 45 metros del eje del "higuerón" y el corte transversal que pasara por B, se localizó a 651 m. 16 del eje de la histórica pirámide de los "Treinta y Tres".

El pie del jalón D del eje del túmulo, se localizó a 60 metros del borde superior de la barranca; a 7 m. 90 más bajo que ésta, a 109 m. de las aguas del río, y a 7 m. 69 más elevado que el nivel de éstas (en el mismo día de observación del mareógrafo). Otros datos: el tronco del "higuerón" tiene actualmente una circunsferencia de 9 m. 43; a la altura de un metro del suelo, sus ramas se extienden en una circunferencia cuyo diámetro

es de 27 metros y dista su tronco 66 metros de las aguas del río.

El 1.º de setiembre se iniciaron estos trabajos y simultáneamente se procedió a abrir cuatro zanjas transversales de dos metros de ancho cada una, empezándolas por el flanco occidental del túmulo y a una profundidad tal que por el momento solamente se removiesen unos veinte centímetros de capa arenosa aparte de lo que había que remover desde la capa arenosa hacia arriba, que era una capa de tierra vegetal bien negra y que estaba en muy buenas condiciones para ser removida, dado que días antes había llovido. Esa capa de tierra vegetal, que se elevaba hasta formar la superficie exterior del túmulo, llegaba en su parte más alta a 1 m. 10, desde el punto B hasta el E, esto es, en una longitud de 20 metros; la capa era de tierra vegetal-arenosa en una capa de solamente 0 m. 70 de altura.

Como las cuatro zanjas de tanteo dieron un resultado positivo, se procedió a reforzar el personal hasta llevarlo a nueve hombres, que en diez días de trabajo removieron la casi totalidad del túmulo, empleándose 502 ½ horas de labor. Puede mencionarse que 30 metros de longitud del túmulo, fueron removidos totalmente por el zanjeado transversal y que el resto al final por el zanjeado longitudinal.

Se tomaron las eficientes muestras de las capas del terreno en las secciones que se creyeron convenientes como preciosos datos estratigráficos y disposición de los materiales, poniéndose buena atención en ello. De igual manera se sacaron las fotografías apropiadas para el caso.

Nada hablaremos del procedimiento seguido para el zanjeado, los cuidados tomados para la obtención de las piezas a medida que se iban recogiendo, a fin de no cansar la atención del lector; pero, en cambio, recalcaremos que para los esqueletos humanos se siguieron las más rigurosas indicaciones de los arqueólogos, y principalmente la de dejar expuestos a la acción

del aire los restos óseos, durante varias horas antes de proceder a retirarlos de su lugar.

Por ahora podemos decir que en cuanto a la manera cómo fué utilizado el túmulo, dado los restos óseos y demás piezas etnográficas extraídas, que desde el punto B al F (56 metros), puede considerarse como túmulo propiamente dicho, dejando en duda el trozo A B (20 metros), en donde solamente aparecieron cantos rodados, algunas piedras de mano, trozos grandes de ellas y muestras de tierra guaranítica, la que podría considerarse como parte destinada a paradero o talleres, si no fuera que a 60 metros de ahí están las altas barrancas de Punta Chaparro, aptas para tener un mejor piso para talleres, lugares de observación, etc.

Además, no habiendo temores de que el río Uruguay pudiese inundar con frecuencia el túmulo, no había razones para pensar que los indígenas no trataran de separarse del túmulo, alejándole sus operaciones diarias en el taller y en la cocina, salvo que sus costumbres o sus prácticas religiosas les obligasen a permanecer en custodia al lado de sus muertos más valientes, venerándolos. Sin embargo, si así fuera, podríamos haber encontrado restos de fogones u otros de cocina en la porción A-B del túmulo, pero como la observación hace suponer que esta parte ha sufrido los efectos niveladores de la erosión producida por la acción del tiempo y de diversos factores físicos (aguas pluviales, inundaciones extremas, acción bólica) y naturales (flora y fauna); en resumen, todo esto habrá que estudiarlo muy seriamente.

Hallazgos. — Material osteológico

Tampoco nada hablaremos de los detalles que se iban presentando a medida que se producían los hallazgos en las excavaciones sistemáticas, porque eso sería ardua tarea hacerlo en tan corto tiempo y para estas simples noticias; todo ello for-

mará parte de la correspondiente monografía. Hablaremos, pues, de los resultados finales de los trabajos realizados en esta investigación científica.

Hemos tenido la suerte de encontrar cinco cráneos de indígenas adultos, con el complementario esqueleto humano, cuatro de los cuales (I, II, III y V), estaban colocados en fila, uno a continuación del otro (I, II y III), a igual profundidad, siguiendo casi el eje longitudinal elegido del túmulo y orientados así prácticamente de S. a N., con los pies al S. De lo que se deduce que los cadáveres correspondientes fueron depositados en posición decúbito dorsal y, además, con la cabeza apoyada en algún respaldo, pues los cráneos presentan todos su *norma facialis* en posición vertical y mirando al N., si bien uno desviado hacia el N. O. (*cranium* V) y otro casi al E. (*cranium* I), el primero por el efecto de la presión de las raíces de los árboles y el último por causa difícil de determinar fuera del terreno de las suposiciones.

Por una coincidencia, los cuatro esqueletos mencionados estaban dispuestos en una fila cuya alineación prácticamente seguía la orientación del eje longitudinal elegido *a priori*, al iniciar los trabajos topográficos. El esqueleto (I) nos sirvió de base para tomarle su orientación exacta y su nivelación con relación a las capas del túmulo.

Los esqueletos (I) y (II), que eran los que estaban más al S., descansaban en la capa de arena, los otros en una capa algo más alta de tierra vegetal, bien negra. Debajo de los esqueletos no se encontraron piezas algunas, salvo en los esqueletos (I) y (III), debajo de cuyos cráneos se recogieron, en cada uno, un canto rodado de río, de color vivo, del tamaño de una bolita (de las empleadas en las botellas para aguas gaseosas). Debajo de algunos esqueletos se halló una formación arborescente, ahuecada, de arena y de cierta sustancia que algo debe tener en relación al cadáver correspondiente.

Arriba de los esqueletos (I), (II) y (III), a cierta altura,

se encontró un conglomerado de restos óseos de pescado, con tierra vegetal arenosa, y más arriba, a cierta altura y un poco desviado de los esqueletos, hacia Oriente, un banco chico de cenizas, que correspondían indudablemente a fogones, y que dada su singular ubicación, nos hace pensar en fogones de ceremonial funerario. Las cenizas aglomeradas de estos fogones presentaban coloraciones diversas, desde el color blanquecino al gris, al azul y hasta la del *loess* calcinado. Se sacaron las muestras correspondientes y su ubicación exacta. Además, en otros lugares se encontraron desparramados y a distancias al parecer regulares, otros restos de fogones del tamaño del puño de la mano.

El esqueleto (I) en estado subfósil (¿por descansar sobre la arena?), fué retirado pieza por pieza de su zanja, al mismo tiempo que sobre un tablero apropiado se asentaban los huesos sobre paja y se les fijaban al mismo, con alambre de cobre que atravesaba agujeros barreneados; el cráneo fué embalado especialmente en un cajón aparte.

El esqueleto (II), que descansaba también sobre la arena, nos dió un cráneo con su dentadura perfecta, con este detalle: que las extremidades inferiores, comprendiendo la pelvis, hasta los mismos pies, se pudo retirar toda esta parte en estado de completa conservación, dado que los huesos se habían fosilizado.

En cambio, el esqueleto (IV), que estaba situado fuera de la alineación de los otros, pero sí paralelo a la posición de ellos, y en un plano superior, dado su mal estado de conservación no pudimos retirar pieza alguna. De los esqueletos (III y V), algo mejor conservados que el citado, se obtuvieron huesos largos de las extremidades y una serie de huesos carcomidos.

Entre los esqueletos (III) y (V) alineados, había un espacio de unos 14 metros, entre los cuales no pudimos encontrar otros; posiblemente han desaparecido por la acción destructora, o, más bien dicho, transformadora del tiempo.

Recogimos también una multitud de huesos de animales a determinarse, apareciendo a simple vista vértebras, espinas y aletas de pescados, cabezas y dientes de nutrias y algunas que parecen ser partes de cráneos de ciervos. De igual manera, recogimos diversas valvas de moluscos dispuestas en la masa de tierra vegetal y muchas arriba de la capa inferior arenosa. Se retiró una voluta.

Como material óseo trabajado a mano, pudimos retirar unas seis espátulas enteras, bien acanaladas y con su punta bien concluída (en asta de ciervo). Nos ha llamado poderosamente la atención el hecho de que sus puntas estuviesen perfectamente terminadas, con sus bordes bien aplanados y lisos, lo que, por el momento, parecería indicarnos que sus primitivos dueños pudiesen usar material cortante de metal (?).

De igual manera hemos retirado tres huesos endurecidos en forma de lágrima, con tres ranuras cada uno, bien simétricas y pulidas, que se prestan admirablemente como artículo de adorno y que nos hacen recordar pudieran haber sido utilizados a la manera del tembetá que usaban los indios de nuestras costas. El aspecto de dichos huesos es interesante, porque son bastante pesados, de color obscuro, a tal punto que parece hubieran sido barnizados y sufrido cierta temperatura; tienen la apariencia de huesos fósiles.

Material lítico

Infinidad de piedras fueron retiradas de todas las excavaciones hasta formar aproximadamente un cuarto de metro cúbico,—desde los cantos rodados de los ríos hasta las piedras más irregulares constituídas por granitos y calcedonias. Muchas eran trozos de cuarzo de pizarras, algunas de sílex y escasas eran limonitas; algunas eran pequeñas ágatas.

Abundaban las piedras de mano, apropiadas para todo trabajo de percusión; las piedras grandes aparecían en algunas

partes como dispuestas en ciertas capas y con cierta alineación en la capa de tierra vegetal, como colocadas de exprofeso.

Piedras llamadas raspadores fueron encontradas en abundancia. Se obtuvieron algunas decenas de piedras en forma de boleadoras, bastante rústicas y algunas en forma de elipsoide, con el surco longitudinal así perfecto. Se hizo recuento de todas ellas y se anotó su ubicación.

Como información, diremos que personas vecinadas al túmulo, calculan que desde hace muchos años se han llevado piedras boleadoras del túmulo, en una cantidad que debe pasar de cincuenta. No es de extrañarse esta circunstancia, pues se trata de territorio uruguayo, en donde las tribus se destacaron por la posesión en abundancia de material lítico trabajado. También dicen que se debe haber retirado como una docena entre puntas de flechas y de lanzas. Nosotros solamente obtuvimos una punta grande seccionada.

Y anteriormente no hubo mayor saqueo, porque los antiguos pobladores respetaban la memoria de los indios en los cementerios, pues es conocido, en la zona, que cuando las criaturas retiraban boleadoras del túmulo en cuestión, sus padres les ordenaban que de inmediato las enterraran en el lugar en que las habían sacado, diciéndoles: "porque eran de los indios".

Fueron encontrados varios trozos de morteros, algunos de los cuales tenían próximos ciertas piedras que, como se adoptaban como pilones, se les ataba juntas hasta formar así unos tres juegos.

Hemos retirado una piedra sumamente interesante, bien pulida, pero desgraciadamente seccionada, que nos hace recordar a un ídolo.

Nada hemos encontrado de material, o metal, o vidrio, que nos indicara una edad moderna del túmulo, por la posibilidad de intercambio con los españoles de la época de la conquista, o de esas láminas de cobre o bronce que usaban los charrúas de río por medio, los habitantes primitivos del delta paranaense.

Material de cerámica

La abundancia de este material ha planteado la necesidad de dedicarle en su oportunidad una monografía especial.

Hemos constatado la existencia de diversas clases de materiales o mezcla de los mismos empleados en la confección de la cerámica que corresponde a este túmulo. Su análisis y descripción queda reservada, desde luego, para más adelante.

Bastantes toscas de todo tamaño aparecieron diseminadas en toda la masa del enterratorio; desde el *loess* hasta las areniscas blancas, verdosas y amarillentas, apropiadas para la cerámica indígena. Se recogieron dos muestras del tamaño de una nuez de tierra ocre de color rojo y amarillo vivo respectivamente, muy indicada para la coloración de pinturas indígenas. Además, se recogieron dos muestras del tamaño de un puño, de tierra guaranítica (arenisca roja), que es la formación sedimentaria más antigua entre nosotros, debajo de la cual aparecen después los materiales fundidos de nuestra tierra, y tal como existe a la intemperie en las cercanías de Dolores y el arroyo del Chileno, y que, molida, suele aparecer como material de mezcla en la alfarería indígena.

Hemos ubicado en los esquemas, en cada corte de zanja (2 m. $\times$ 13 m. en planta), todos los objetos retirados, especificando su clase y el número de cada tipo de pieza, y con esos datos, cuando hagamos las sumas totales, podremos decir, con relativa aproximación, cuál es el número total de cada serie de piezas retiradas, ya sea de la industria lítica, como de cerámica, y en esta forma poder especificar cuál es el tipo de borde de ollas o vasos, por ejemplo, que más abundaba y cuáles son los otros tipos y series que le siguen.

Son innumerables los trozos de cerámica que hemos retirado desde los trozos más pequeños hasta los de más de 15 cms. de desarrollo de borde y desde la cerámica relativamente grue-

sa, con relación a la coleccionada de otras zonas, a la de grueso normal o corriente (abundantísima), hasta lo fino o de pequeño espesor de mejor clase de material y mejor terminación.

Hemos tenido la suerte de encontrar tres ollitas enteras, que nos han hecho pensar mucho sobre la teoría dispensada a los túmulos indígenas del delta del Paraná, en donde, se dice, dado el estado de destrucción de su alfarería, que los charrúas rompían sus objetos de cerámica antes de sepultarlos con los cadáveres. Y decimos esto, porque, además, hemos podido constatar en los cortes realizados sobre el terreno, la existencia de muchas ollas y fuentes enteras, que al retirarlas se deshacían en numerosos pedazos, a pesar de las precauciones tomadas. Además, hemos podido comprobar, como lógico, el efecto destructor de las raíces de los árboles sobre los huesos de los esqueletos y sobre los objetos de cerámica.

Por otra parte, no nos aventuramos, por el momento, a sostener la observación indicada hasta más adelante, según podamos determinar a ciencia cierta si el túmulo explorado perteneció a los charrúas o a los yaros, porque, precisamente, está ubicado en una zona que puede considerarse confusa, por ser posiblemente el límite de los radios de acción en otras épocas de diversas tribus como eran los charrúas, yaros y minuanes, y hasta ver la posibilidad de haberse sucedido en el mismo lugar, distintas civilizaciones, valga el término, de indígenas, que dejaron en pie sus correspondientes túmulos.

Podemos decir, prosiguiendo, que existe una gran variedad relativa en el número de los diversos tipos de bordes de ollas o vasos encontrados, tales como, por el momento, podemos mencionar: el común liso o de media caña, el normal o recto, éste con borde, el biselado u oblicuo, éste con reborde, el ondulado a pequeñas y a grandes ondas, el aserrado a pequeños y a grandes dientes, el borde normal con punteado a manera de grabado, el liso o de media caña con reborde al exterior y a su vez dentado u ondulado a pequeñas ondas, el biselado hacia el in-

terior con reborde, el mismo tipo a su vez dentado, el normal o recto en forma de martillo, esto es, con reborde hacia ambas caras; luego siguen todas las combinaciones imaginables entre todos los tipos ya indicados, empezando por las ollas o vasos cuyos bordes lisos, seguidos de porciones dentadas o aserradas u onduladas o con muescas, hasta llegar a otras formas más complicadas, en donde interviene el grabado con dibujos estilizados, en combinación con asas características o con golletes laterales bien terminados.

En cuanto al hallazgo de asas, hemos tenido bastante suerte, pues hemos formado una colección bastante interesante y posiblemente original. La mayoría de ellas han sido retiradas adheridas a trozos de alfarería que indicaban claramente su posición en la pieza.

Desde las asas colocadas lateralmente a nivel del borde del vaso correspondiente, hasta las que avanzaban sobre el borde con una ligera curvatura hacia el interior y terminando en pico elegante,—casi todas las asas son chicas, y aun las hay más pequeñas que corresponden a vasos más pequeños y de alfarería de espesor delgado.

Estas asas en general van acompañadas con una depresión pequeña en forma de media naranja en el lado interno del vaso y a su misma altura, de modo que con tres dedos se puede hacer en cada asa una fuerte y segura presión sobre el borde de la olla o vaso para retirarlas del fuego, etc., cuando estaban principalmente llenas de alimentos, etc.

A estas asas de superficie lisa, que están hechas con esmero, pues son muy regulares, semejantes las de un mismo vaso y prácticamente iguales, siguen las del mismo tipo pero cuya cresta ha recibido la impresión del grabado por medio de muescas aisladas y paralelas, que le dan el aspecto de aserrada. Las hay que, ubicadas en bordes ondulados o con picos, etc., los vasos han sido ornamentados con el opalado del dibujo estilizado, de modo que en la pequeña zona que está adherida el asa, el dibu-

jo que bordea el vaso cambia de posición para formar un recuadro especial que encierra a cada una de las asas.

Llegamos después a las asas estéticas, que naciendo en la cara exterior del vaso, se prolongan en elegante curvatura hacia el centro del mismo, terminando en afilada y corva punta, que hace recordar al pico de loro y que nos sugiere estar en presencia de una forma zoomorfa, de esas formas tan escasas y tan buscadas, por razones múltiples, por los arqueólogos que investigan el grado de civilización de los aborígenes del Río de la Plata y de sus zonas de afluencia.

Con el primer tipo sencillo citado de asa, el vaso puede ser retirado usando las dos manos y empleando tres dedos por cada asa; en cambio, en el tipo que acabamos de mencionar, el tipo indudablemente zoomórfico, dos dedos pueden levantar el vaso, uno por cada asa, ya sea utilizando las dos manos o una sola, según se trate de fuentes u ollas de grandes diámetros, o bien de diámetros reducidos.

Fueron encontradas varias piezas curiosas que necesitan una larga exposición y que, por consiguiente, no cabe enumerarlas en esta sucinta memoria. No obstante, no resistimos la tentación de mencionar de paso a una pieza extraordinaria en cerámica especial, de bordes ondulados en pequeñas ondas y volteado en amplio vuelo hacia el exterior, que parecía corresponder a una fuente de unos 15 cms. de diámetro, con pocos centímetros de profundidad y cuya forma nos hace recordar a los pasteles criollos de tres o cuatro picos.

Pero, la pieza que mencionamos, de las que encontramos juntas solamente dos partes, es más extraordinaria aún si notamos que un borde del costado de la forma sigue su curvatura hacia el interior y que, en cambio, el otro, va dirigido hacia el exterior. Respecto al conjunto, que exigirá ingenio para reconstruirlo, una persona nos ha insinuado la posibilidad de una lámpara. Esta indicación nos ha hecho pensar en su imposibilidad, dado que se trata de una pieza de forma original,

muy bien trabajada, regularmente ornamentada y de inmejorable estética, y, además, la circunstancia de que en el túmulo hemos encontrado una serie de piezas de cerámica plana que son verdaderas losas que parecerían indicarnos que para las piezas pequeñas de alfarería, para las de mejor acabado en el arte indígena y para las de destino especialísimo, ya sea dedicadas al uso del jefe de la tribu como las a emplearse en probables ceremonias religiosas, todas ellas irán colocadas sobre especies de bancos o altares formados por esas gruesas losas de cerámica bien cocida y pintada.

En cuanto a la alfarería grabada, hemos recogido pocos ejemplares con relación al gran *stock* de restos retirados, y en todos ellos podemos constatar el dibujo estilizado, sin que aparezca en ninguno la expresión de alguna figura zoomorfa u antropomorfa.

Los grabados retirados son variados en su tipo, pero no indican una perfección con relación a los obtenidos en otras zonas de estas costas. Sin embargo, hay algunos trocitos grabados de alfarería fina que habrá que estudiarlos en forma, para deducir de su comparación las correspondientes conclusiones. Hay algunos fondos de ollas o vasos, en que aparecen en el interior rastros del dibujo, a manera de línea recta, de trazo continuo que habrá que dedicarle la atención debida. Escasos trozos aparecen con el grabado en el interior del vaso en la zona del borde.

Hay numerosos bordes de ollas o vasos y de las citadas lozas que tienen bien conservadas sus pinturas rojas o amarillas, y al respecto hemos tenido la oportunidad de recoger dentro de la masa de la tierra vegetal del túmulo, pequeñas muestras de tierras ocreas en los colores rojo, amarillo vivo y verdoso sumamente apropiadas para el caso. Sabemos, además, que de las valvas molidas de los moluscos se puede preparar una pintura blanca que justifica la presencia de este color, por el momento, en restos de alfarería indígena de otros lugares de esta cos-

ta; además, existen en ésta ciertas tierras plásticas verdosas y blancas que estudiaremos en su oportunidad. Y como suelen aparecer algunos ceibos en la costa uruguaya provenientes, según parece, en su mayoría, de las crecientes extraordinarias del río Paraná, es oportuno recordar que de su corteza se extrae una tinta roja.

Consideraciones finales

En esta corta Memoria de simple relación y ligero comentario, no caben, pues, las conclusiones definitivas a las que nos llevará el estudio completo del túmulo, con la aplicación de los conocimientos de la geología y estratigrafía, etnografía, paleontología, antropología, petrografía, cerámica, flora y fauna, etc.

Los simples comentarios sugeridos al correr de la pluma, podrían ser efectivos en su confirmación, como podrán variar completamente al ser referidos al estudio totalizado y al relacionarlo con el material etnográfico existente en colecciones particulares y extraído del mismo túmulo y de paraderos cercanos.

Por el momento podemos afirmar que en cuanto a la cerámica de este túmulo, ella es inferior a la que está en nuestras colecciones particulares provenientes de los simples paraderos de la costa de Nueva Palmira, en una extensión de un kilómetro hacia el Sur y hacia el Norte de su nuevo puerto de ultramar (Puerto Franco), en cuyas colecciones abundan los dibujos estilizados más variados y combinados, al parecer, con variado procedimiento de estilización, siendo numerosa la clase de material empleado que da como resultado la presencia de una cerámica de variadísimo aspecto, así como existe también un enorme muestrario formado por variedad de calcedonias rotas en esos paraderos o talleres, en el proceso de la fabricación de puntas de flechas y de lanzas.

Y a su vez, de paso, podemos afirmar que la alfarería indígena de Nueva Palmira es superior en precisión a la encontrada hasta ahora entre los túmulos chanáes de las islas del Río Negro, aun cuando en estos últimos se hayan encontrado urnas funerarias; y también lo es con respecto a los seis túmulos charrúas y catorce lugares explorados en el delta del Paraná (Argentina) por el Museo de Historia Natural de La Plata.

Con todo lo dicho, podemos ahora afirmar que una vez que hayamos tenido ocasión de realizar una descripción documentada del túmulo explorado y de su estudio correspondiente, no habremos hecho más que aportar un grano de arena, contribuyendo hacia la reconstrucción del pasado del territorio uruguayo, y por ahora podemos exclamar con íntima satisfacción, al menos en estos parajes: ¡basta de saqueos y basta de crímenes que oscurecen nuestro pasado!

Antes de terminar, deberemos mencionar que el ingeniero agrónomo señor Manfredi, se ocupará de hacer un estudio consciente de la flora actual de la zona explorada; que manos científicas recogerán las valvas de los moluscos recogidos para ser clasificados; que en idénticas manos caerán los materiales petrográficos, así como los análisis pertinentes a las muestras recogidas de los fogones sepultados; que en manos de don Julio B. Pérez se pondrán todos los materiales osteológicos, porque ese distinguido profesional es un entusiasta y estudioso coleccionista que desde hace varios años trabaja y estudia en pro de su museo particular, habiendo conseguido ya una erudición especializada por la información bibliográfica que ha obtenido y estudiado.

De nuestra parte nos reservaremos el estudio y la descripción de la cerámica indígena, porque por ella sentimos nuestra predilección, y porque poseemos una colección particular de los paraderos de la costa palmirense, que se prestará admirablemente para realizar un estudio que ha de conducirnos a su descripción y clasificación, relacionándola a su vez a la cerá-

mica indígena del delta paranaense, usando para el caso la nomenclatura fundada por el tecnicismo correspondiente y estudiando los estilos en sus formas puras y derivadas.

Al terminar, séame permitido tener unas palabras de justo agradecimiento para las personas que en todo momento y en toda forma han cooperado con nobleza hacia el éxito de nuestros trabajos: a don *Domingo Máximo Giuliani*, por habernos autorizado la exploración y ayudado con materiales; al agrimensor don *Sixto Perea y Alonso*, que con toda generosidad nos prestara los aparatos y material topográfico empleado en nuestras mediciones; a don *Julio B. Pérez*, que compartió personalmente en todos nuestros esfuerzos, ayuda y trabajos; a la *Policía del Departamento de Soriano*; a don *Juan Daneri* y a don *P. Fabio Arrieta*, que con todo desinterés nos prestaron los medios de locomoción; al señor *David Barbosa*, que tan empeñosamente nos secundó en las tareas; a don *Guillermo Velázquez*, por su aporte generoso de las herramientas empleadas en las excavaciones; al agrónomo don *Daoiz V. Pérez*; a los obreros *Calleros, Yarabide, Rivaga, Lómez, Perdomo, López, Rivero, Pellegrini*, etc., quienes contribuyeron, en gran parte, al éxito obtenido; y al joven *Juan F. Dorsi*, por sus aportes desinteresados en el arte fotográfico; de igual manera a *Angel Cabañas* y *Rosendo Correa*, y a tantos otros que a manos llenas nos ayudaron en la tarea diaria pro cultura nacional.

Montevideo, 20 de diciembre de 1928.

